

Sección Bibliográfica

ANTONIO REGALADO GARCÍA: *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española* (1868-1912). Insula. Madrid, 1966.

Si pretendemos clasificar cualquiera de los diversos géneros novelescos, tropezamos con la dificultad de señalar el lugar adecuado a la novela histórica. Podríamos, sin embargo, incorporarla al género mixto entre la historia, un tanto falseada, y el costumbrismo. Al tratarse en la novela histórica no sólo la vida, sino las luchas que en ella se producen, el novelista, contrariamente al autor dramático que ha de ceñirse forzosamente al diálogo, se enfrenta con una amplia libertad para desarrollar su idea. La novela histórica tiene un dominio propio, ya que la historia es como un árbol cuyo tronco es la determinación, que puede ser alterada por la leyenda o por los hechos acaecidos a la especie humana y a todo aquello que la circunda y circunscribe.

Ya dice el autor en la advertencia preliminar de su libro que su propósito es «rescatar a Galdós de una estricta crítica literaria, necesariamente incompleta; de la dictada por los apasionamientos ideológicos y patrióticos en pro y en contra del autor, inadmisibles por vicio de origen, y de las tendencias del liberalismo humanitario, que hasta nuestros días ha sido la nota dominante en una apreciación encomiástica, sin lugar para el disenso, de las novelas de Galdós». Regalado opina después que «los personajes históricos de los *Episodios* son numerosos, pero no suplantán en interés a los de ficción que representan al pueblo mismo». Alude al paralelismo existente entre Galdós y Baroja, ya que este último «es quien, reaccionando contra la generación anterior, busca lo heroico, lo individual y lo específico en la primera época del liberalismo español». Recordando a Balzac, el autor dice que «en el primer viaje de Galdós a París compró *Eugénie Grandet* y se desayunó con esta novela».

Las semejanzas del autor de los *Episodios nacionales* con otros escritores son frecuentemente destacadas. Regalado indica que «Galdós se aventura en el ya bien navegado piélagos de la novela histórica medio siglo largo después que el creador de la forma moderna del género, Walter Scott, publicara su primera novela, *Waverley*, en 1814».

Más adelante añade que la novela del escritor inglés no tenía que

ser identificada con el romanticismo, porque precisamente el realismo que existía en la novela de Scott fue la savia que vivificó la del período realista. «Galdós pudo llegar hasta Scott por diferentes conductos; en su biblioteca tenía las obras completas de Scott, en inglés.»

Por otra parte, el escritor escocés, en sus poemas, se sitúa en la primera generación de los románticos. Las novelas, por su cronología, pertenecen a la segunda generación romántica. Galdós, al igual que su colega británico, posee un extraordinario encanto y una juventud que ni los años ni las modas pudieron marchitar. La inspiración se mantiene constante, ayudada por el esfuerzo asimilativo de la memoria y el ejercicio continuo de la imaginación. Pero es preciso reconocer que en los últimos tiempos se ha modificado no solamente la estética, sino también la técnica de la novela, ya que dejando a un lado teorías pasajeras, un acuerdo sustancial entre la crítica y los lectores aún modalidades que pudieran ser más o menos duraderas. La parte de ficción que existe en la novelística de Galdós es considerable; para él la verdad contiene siempre una exactitud excesivamente escrupulosa. Pero la naturalidad cordial que presta a su obra un acento entrañable huye del sentido crítico e incluso de la razonadora personalidad del escritor.

«Al aventurarse hacia una novela histórica de carácter realista —dice Regalado—, Galdós coincidía con las ideas de críticos castizos a la vez que cultos, como Valera, Menéndez Pelayo y Cánovas del Castillo, que entendían el aspecto realista de la novela de Scott y que apreciaban con entusiasmo su valor como obra de entretenimiento y de sentido histórico. Valera dice que la novela histórica reclama una concienzuda preparación, que tiene valores permanentes por cima de los gustos transitorios de época, y que por su evocación del pasado da luz aún a las cuestiones que más recientes parecen.» Según Regalado, «la reacción tradicional abrió fuego contra la obra galdosiana, aunque sin fuerza, para frenar su popularidad. Se identificó a Galdós con las fuerzas progresivas del siglo, a pesar de su pobreza de ideario y de acción en la política social, y esta etiqueta, admitida a ciegas, no permitió a la crítica liberal de su tiempo descubrir la relación existente entre los dos opuestos y, en parte, erróneos clichés del Scott conservador y arcaizante y del Galdós liberal y progresivo». Galdós conocía bien no sólo el pasado de España, sino también su presente. Para el primero se valía de documentos históricos y, al revés de lo que le sucedía a Walter Scott, dejaba a un lado la leyenda. La obra entera del escritor español pertenece al tesoro de una literatura permanente y constituye el fondo mismo de la herencia nacional.

Antonio Regalado cita un párrafo de *Lo español y lo universal en*

la obra de Galdós, de Amado Alonso, y muestra su disconformidad. «Este juicio es típico de la frivolidad con que se ha tratado el tema de la novela histórica.» Más adelante, dice: «Galdós no sólo se preocupa de presentar las raíces vivas de la sociedad actual en un pasado inmediato, sino también de revivir ese mundo tradicional en su lento proceso de desaparición, exactamente como Scott nos hace vivir el conflicto de dos sociedades: una desvaneciéndose y otra emergente. La diferencia está en que las simpatías de Scott caen nostálgicamente al lado del mundo que desaparece, mientras que las de Galdós van con el mundo nuevo que emerge.»

Hay en el libro de Regalado unas páginas muy significativas en las que el autor establece una semejanza literaria y humana entre dos de sus personajes, Gabriel Araceli, en el episodio *Cádiz*, y lord Gray, «prototipo del superhombre romántico, diabólico, reaccionario y liberal al mismo tiempo, y profundamente antiburgués». Al crear Galdós a lord Gray, Regalado opina que «la pluma de Galdós logra la feliz evocación histórica de un tipo real y literario al que sitúa dentro de su natural ambiente con exactitud cronológica, y al mismo tiempo nos revela abiertamente su antirromanticismo en el contraste que ofrece Gabriel Araceli con el inmoral lord».

El autor de este bien documentado libro sobre uno de nuestros ingenios literarios dice que, «al acercarse la segunda guerra mundial, despojada nuestra literatura de las nuevas corrientes (surrealismo, cubismo, arte deshumanizado, antirrealismo) facilitó el advenimiento de la renovación crítica galdosiana, que comenzó y se desarrolló en gran parte fuera de España». Galdós poseía una extraordinaria riqueza inventiva y ese don de humanidad que se da tan sólo en los grandes genios. Por esta razón, Galdós pudo crear esos personajes inolvidables, tal que *Fortunata* y la *Benina de Misericordia*. Galdós es, en España, el maestro novelístico por excelencia; su obra cuantiosa llega por igual al culto que al ignorante, al hombre que disfruta de un bienestar económico como al pobre que ha de leer los libros gracias al generoso préstamo de un amigo o a la callada difusión que hacen de la cultura las bibliotecas circulantes.

Antonio Regalado cuenta que «en 1913, al año de terminar Galdós sus *Episodios*, Pío Baroja (1872-1956), el gran novelista español de nuestro siglo, comienza una serie de novelas históricas, *Memorias de un hombre de acción*, con intenciones estéticas e ideológicas diferentes de las de Galdós, pero con los mismos temas del forcejeo del liberalismo español por asegurarse y de la lucha de las dos Españas, y de una acción que se desenvuelve en el mismo tiempo histórico que Galdós evoca en las tres primeras series y en parte de la cuarta». Más

adelante añade Regalado que «hasta la fecha ni se han producido obras maestras de la guerra civil española en el sector de la novela histórica, ni ha asomado aún por los horizontes un nuevo Galdós capaz de otros nuevos *Episodios nacionales*». Pero hay que tener en cuenta que el español actual vive supeditado a un tiempo que domina sus circunstancias.

Antonio Regalado, después de haber buceado más en la obra que en la vida de Benito Pérez Galdós—al fin, la existencia del escritor fue escasa en acaecimientos—, termina su libro con dos citas, una de ellas del pesimista ginebrino Juan Jacobo Rousseau:

«He aquí las funestas pruebas de que la mayor parte de nuestros males son nuestra propia obra, y que los habríamos evitado casi todos conservando la manera de vivir sencilla, uniforme y solitaria que nos prescribió la naturaleza. Si ella nos ha predestinado a vivir sanos, yo casi me atrevo a asegurar que el estado de reflexión va contra la naturaleza, que el hombre que medita es un ser depravado.»

La otra es la del marqués de Condorcet, poco antes de que fuera condenado a la guillotina. Al marqués, en la mañana en que fue el carcelero con los gendarmes para que fuese cumplida la ejecución, lo hallaron muerto con todas las señales de haberse envenenado.

«Nuestras esperanzas en el porvenir de la especie humana pueden reducirse a estos tres puntos fundamentales: la destrucción de la desigualdad entre las naciones; el progreso de la igualdad dentro de un mismo pueblo y, en fin, el perfeccionamiento real del hombre.»

Buen epílogo para un libro tan completo y enjundioso como este de Antonio Regalado.

Antonio Regalado García nació en Madrid, en 1932. Salió de España en 1940; estuvo en Santo Domingo, luego en Cuba y más tarde se instaló en los Estados Unidos. Estudió en las universidades de Harvard y Yale, y en esta última ocupa actualmente una cátedra de literatura española.—MARÍA ALFARO.

ANTONIO MOLINA: *Poesía cotidiana*. Antología (1939-1964). Ediciones Alfaguara. Madrid, 1966.

Al seleccionar los textos que componen la presente antología, su realizador, Antonio Molina, descartó todos aquellos poemas en cuyos temas se implicaban, al menos de una manera *sintomática*, elementos religiosos, sociales y amorosos. Según este antólogo, cada uno de estos